

CARTA DOMINICAL

15 DE ABRIL DE 2018

ECO DE LA PALABRA

La belleza resucitada

Si queremos hablar correctamente, mejor que “vivir la resurrección” o “vivir como resucitados”, hemos de utilizar la expresión “vivir en nosotros la Resurrección de Jesucristo”. Solo esta manera de hablar nos protegerá de malentendidos y equívocos. Este es el don y la tarea que se nos abre en este tiempo de pascua... a manera de impulso que ha de permanecer activo toda la vida.

Decimos que vivimos la Resurrección de Jesucristo en la medida en que antes hemos muerto con Él y como Él. ¿Qué significa esto?

Es profundamente conmovedora la lectura de la obra *Vestidas para un baile en la nieve*, de Monika Zgustova. Este relato, o conjunto de relatos, constituye un auténtico testimonio de la vivencia del sufrimiento extremo. Parece toda una glosa de aquel aforismo, que formuló el paisano de las protagonistas, F. Dostoievski, “la belleza salvará el mundo”. Pues las nueve mujeres que cuentan sendas tragedias en destierro, campos de concentración o campos de trabajo en el Gulag, bajo el régimen comunista de Stalin, no son sino auténticos testigos de la dignidad de la persona humana cuando es llevada al límite de su resistencia. En situaciones límite de sufrimiento, la poesía (como también ocasionalmente la música), en tanto que creación o comunicación de belleza, puede devolver al rostro humano, desfigurado por el dolor, la luminosidad que le corresponde desde su creación. Entonces, el mundo insufrible, sumido en la fealdad del mal, se hace un poco más soportable.

Es oportuno leer este libro, como también profundizar en el mensaje de Dostoievski, en tiempo de Pascua. Pero no en el sentido de que la vivencia de la Pascua se confunda sin más con lo que aquellas mujeres vivieron al superar el sufrimiento o con lo que el novelista ruso

quiso transmitir, sino en el sentido de que “la belleza”, para nosotros, ya no es un concepto abstracto, un “valor”, como se suele decir (y decían los platónicos), sino que la belleza tiene un rostro, nombre y apellidos, existencia real, vida vinculada a la nuestra.

Jesús llegó a ser, en Viernes Santo, aquel que reproducía la figura del Siervo, de quien se dijo: “le vimos sin apariencia ni presencia, sin belleza, sin rostro que se pudiera estimar...” (Is 53,2). En Él se había acumulado toda la inhumanidad hasta convertirlo en el ser más despreciado... Sin embargo, ante aquel ser, que para la mayoría era, y seguiría siendo hoy, un fracasado, nosotros recitamos el Salmo 44: “Eres el más bello de los hombres, en tus labios se derrama la gracia...”

¿En qué consiste, entonces, la Resurrección de Cristo? ¿La resurrección de la belleza? No exactamente. Es la resurrección de su belleza, la resurrección de la belleza de un Dios que asume el sufrimiento de la humanidad hasta sus últimas consecuencias.

Vemos esta gran y reveladora paradoja en el hecho de que Dostoievski plasmase su afirmación de la salvación por la belleza en su obra *El Idiota*, cuyo protagonista, Myskin, aparece como enigmática figura de Cristo. Frente al vacío de la pura razón i del nihilismo, Él salva con su belleza, aunque ente el mundo no sea más que un loco, un “inconsciente” que osa dar la vida, perderla, por amor al Padre y a toda la humanidad.

No decimos que vivir como resucitados sea “entender” esto, pero sí asumirlo como verdad fundamental en la vida. Sin duda, esta belleza es la que salva al mundo.